

La civilización del desperdicio

(The civilization of waste)

Toharia, Manuel

Museo Interactivo de la Ciencia ACCIONA

Pintor Murillo, s/n

28100 Alcobendas

BIBLID [1137-8603 (1997), 12; 27-35]

Un buen ejemplo de la "civilización del desperdicio" en la que estamos inmersos es el problema de las basuras cuya solución tradicional, los vertederos, ha quedado obsoleta. Ante esta situación quedan por abordar dos vías complementarias y urgentes: reducir la cuantía de los residuos mediante la concienciación del ciudadano, al tiempo que, a más corto plazo, se sustituyen los vertederos por plantas de tratamiento integral de las basuras, incluida la combustión del sobrante final en plantas de incineración controlada.

Palabras Clave: Residuos sólidos urbanos. Plantas de tratamiento integral. Costes ambientales. Cultura del ahorro.

Sarturik gauden "hondakinaren kultura" honen eredu egokia dugu zaborren arazoa, horren soluzio tradizionala, hots, zabortegiak, guztiz zaharkiturik geratu baita. Egoera horren aurrean premiazko bi bide osagariok hartu beharra dago: hondakinaren kopurua gutxitzea, herritarren kontzientziazioaren bidez, bai eta aldi berean, epe laburragora baina, zabortegiak ordezkatzeko dituzten zaborren tratamendu integralerako eraikinak antolatzea, geratzen diren azken hondakineterako errekuntza kontrolaturako eraikinak barne.

Giltz-Hitzak: Hiriko hondakin solidoak. Tratamendu integralerako eraikinak. Ingurugiroko kostuak. Aurrezkiaren kultura.

Un bon exemple de la "civilisation du gaspillage" dans laquelle nous sommes immergés est le problème des ordures dont la solution traditionnelle, les décharges, est obsolète. Face à cette situation, nous devons aborder deux voies complémentaires et urgentes: la réduction de la quantité de résidus au moyen de la prise de conscience du citoyen, en même temps que, à court terme, le remplacement des décharges par des usines de traitement intégral des ordures, y compris la combustion du surplus final dans des usines d'incinération contrôlée.

Mots Clés: Résidus solides urbains. Usines de traitement intégral. Coût de l'impact sur l'environnement. Culture de l'épargne.

Nuestra forma de vida, nacida de la Revolución Industrial, podría caracterizarse por muchas cosas, pero quizá sea el concepto de “progreso” el que mejor resuma muchas de esas cosas. Ahora bien, ¿qué es realmente el progreso? También aquí podríamos encontrar numerosas acepciones, aunque mejor será no definir el término sino sólo intuirlo: el progreso está probablemente relacionado con todo aquello que nos hace “estar” o “sentirnos” mejor (si fuera peor, no sería progreso sino regresión). Y, desde luego, ahora vivimos más años, tenemos más salud, sabemos más, nos divertimos de manera más variada, tenemos un acceso casi ilimitado a los bienes de la cultura...

Pero todo ese progreso tiene un precio, no sólo económico: los actuales atentados ecológicos que denuncian casi a diario los medios de comunicación se generan de forma directa, e inmediata, en muchos de los procesos industriales que nos han hecho alcanzar el actual grado de desarrollo económico y social que, por otra parte, sólo disfrutamos unos cuantos países ricos.

Además, somos cada vez más seres humanos en la Tierra; y las demandas de alimento y energía crecen en paralelo a ese aumento demográfico y al legítimo deseo de progreso por parte de los más pobres. Como la tasa de duplicación de la raza humana es actualmente comparable a la duración media de la vida de una persona, es posible afirmar que en estos momentos hay en el planeta más seres vivos que en todas las épocas anteriores de la humanidad.

Este incremento de la población mundial supone un incremento global subsiguiente de las demandas que cada individuo requiere a lo largo de su vida. Demandas inicialmente centradas en la mera supervivencia pero que implican también otros consumos diferentes a los alimentarios; esencialmente, los consumos energéticos.

Con la Revolución Industrial aparece no sólo la actividad económica plena sino, sobre todo, un crecimiento explosivo –los matemáticos repugnarían decir “superexponencial”, pero el término resulta expresivo– de la población y de sus demandas de energía. Todo lo cual ha acabado por suponer un impacto creciente, y probablemente ya insostenible, sobre el medio ambiente natural.

Además, el mundo desarrollado gasta cada vez más bienes y servicios, muchas veces de forma inútil. El consumo del 10% de la población humana actual (los países más ricos) en energía y en recursos naturales supone la pérdida en cada segundo de mil toneladas de tierra y de 3.000 metros cuadrados de bosque (Austria y Suiza juntas cada año), la desaparición definitiva cada día de entre 10 y 50 especies vivas vegetales y animales, y la expulsión diaria a la atmósfera de 86 millones de toneladas de gases de efecto invernadero. Si esto no es toda una civilización del desperdicio...

El problema es que, para cualquier habitante o dirigente de un país pobre, el modelo de desarrollo occidental resulta a todas luces más que envidiable. A nosotros nos funciona todo, desde el teléfono o la televisión hasta el consumo más disparatado; además, la administración pública es más que aceptablemente eficaz, la educación, los servicios sociales y la sanidad son bienes universales y en general eficientes, e incluso la protección al medio ambiente, sobre todo a escala local y regional, alcanza un nivel impensable en un país pobre (servicios municipales de barrenderos, contenedores para reciclar vidrio o papel, recogida y tratamiento de las basuras, combustiones industriales cada vez más limpias, catalizadores obligatorios en los motores de los automóviles, planes de reforestación, grandes espacios naturales protegidos, agua potable en cada grifo de cada casa, etc.).

Ahora bien, si los casi 6.000 millones de seres humanos que ahora poblamos la Tierra viviesen todos ellos igual que los norteamericanos, los europeos o los japoneses, el mundo sería ya hoy una auténtica catástrofe a causa del consumo desaforado de agua, energía, minerales y suelo para cultivos o viviendas. Pero eso no impide a los países pobres pensar que no hay nada que sea peor que lo que ellos ya están sufriendo; y por eso intentan parecerse a los ricos y resultan, así, inmunes al argumento ecológico. Sobre todo mientras los ricos no les demuestran, con hechos fehacientes y no con buenas palabras, que se puede conseguir lo mismo de otra manera.

Si los países ricos decimos ahora que nuestro desarrollo es insostenible y, por tanto, rechazable (para todos, o sea indeseable para ricos y pobres), tendremos que demostrar que hay otro tipo de desarrollo con similares ventajas pero sin los inconvenientes del actual. Y, sobre todo, tendremos que adoptarlo sin más contemplaciones antes de intentar imponérselo a los países en vías de desarrollo.

No hay que olvidar, de todos modos, que el error de los enfoques “envidiosos” de los países pobres cuando miran hacia el mundo desarrollado estriba en considerar que en los países ricos todos somos igual de ricos. Lo cual es, obviamente, mentira: el paraíso capitalista sólo es paraíso para algunos... Por otra parte, resulta imposible observar con precisión, desde la hambrienta atalaya de los países pobres, hasta qué punto el mundo desarrollado se basa en esa civilización del desperdicio que antes denunciábamos.

Veamos un poco más despacio este interesante concepto que, aplicado al mundo desarrollado, fue empleado por primera vez durante la segunda mitad del decenio de los setenta, con la publicación de un libro así titulado, “La civilización del desperdicio”. Lo había escrito un periodista y sociólogo pionero de las preocupaciones ambientales en España, Juan Ignacio Sáenz-Díez (lamentablemente desaparecido en el verano de 1994), quien había sido además director de una efímera revista política de nombre bien significativo de sus ideales (“Discusión y Convivencia”). El libro expresaba la auténtica barbaridad ecológica, y desde luego económica, que suponía en los países industrializados el despilfarro de los recursos naturales para alcanzar objetivos muchas veces inútiles cuando no simplemente absurdos (¿quién necesita realmente cepillos de dientes con pilas o abrelatas eléctricos, cuando medio mundo se muere de hambre?).

El desperdicio al que aludía Sáenz-Díez es, pues, el despilfarro típico de los nuevos ricos pero también, y sobre todo, la despreocupación casi criminal por los desechos que toda nuestra actividad engendra. Lo que constituye una forma de despilfarro quizá menos patente pero seguramente más grave. La sociedad industrializada está basada en una economía de mercado que fomenta la no reutilización de lo producido –el caso de los envases no retornables es paradigmático–; además, prefiere la huída hacia adelante de un incesante consumo de materias primas, en lugar de reciclar las ya utilizadas –a pesar de los meritorios intentos por reciclar vidrio, papel, plástico o aluminio, actividad todavía marginal, casi simbólica–. ¿Merece o no el calificativo de “civilización del desperdicio”?

Uno de los ejemplos más evidentes de este desperdicio es el de los vertederos de basuras domésticas, que los técnicos han dignificado con el apelativo de RSU (residuos sólidos urbanos). El problema del exceso de basura urbana se ha ido resolviendo en España, mal que bien, mediante su depósito en algún lugar baldío, generalmente próximo al casco urbano y casi siempre fuera del más mínimo control sanitario o ambiental. Pero ahora las normas europeas ponen trabas cada vez más serias a esta forma rudimentaria, casi prehistórica, de tratar nuestra basura a base de acumularla, lo que causa humos tóxicos,

chispas incendiarias, malos olores, plagas animales de todo tipo y una muy severa contaminación del suelo y las aguas por arrastre de la materia en descomposición.

En el año 2002, la legislación europea va a prohibir los vertederos. Es probable que para entonces los españoles, una vez más, incumplamos las normas comunitarias en cuestiones ambientales: parece difícil que los municipios, que son los responsables de la basura doméstica, puedan acometer en tan poco tiempo la sustitución de todos los basureros ahora existentes.

Los españoles, como habitantes de un país rico, producimos enormes cantidades de basura. Los sociólogos saben bien que es posible medir el grado de desarrollo de una comunidad mediante el análisis, no sólo cualitativo sino incluso meramente cuantitativo, de su basura. El límite de la riqueza opulenta suele situarse en la cifra básica de un kilo de basura por habitante y día. Se trata de un promedio, pero que refleja de manera muy correcta el grado desperdiciador de los países ricos.

Los habitantes de las grandes ciudades sobrepasamos con creces ese umbral (en algunos casos nos acercamos al kilo y medio por habitante y día), y sólo en las pequeñas poblaciones de carácter eminentemente agrícola y ganadero, donde subsiste parcialmente aun la medieval pero muy saludable costumbre de reciclarlo casi todo, apenas si se supera el medio kilo por habitante y día. En todo caso, la basura urbana supone en toda España casi 20.000 toneladas diarias...

Depositar esa basura cerca de casa es algo muy antiguo; casi prehistórico, ya lo hemos dicho. Y, desde luego, es algo muy cómodo siempre y cuando, por supuesto, esa basura no nos incomode con su presencia. Con la industrialización se disparó el material sobrante, y los ayuntamientos, sobre todo en las ciudades medianas y grandes, tuvieron que poner a punto servicios de recogida domiciliaria de la basura. Eso sí, con un cometido no muy diferente al de épocas antiguas: depositar la basura, algo más lejos, desde luego, pero en algún sitio próximo a la ciudad llamado –por llamarlo de alguna manera– “vertedero”.

Hasta que el humo, los malos olores, las infecciones y la contaminación cada vez más visible provocados por esa torpe acumulación de basura tornaban insostenible la situación. Y entonces había que idear una solución para el segundo problema –el vertedero descontrolado– creado por solucionar mal el primer problema –el de las basuras domésticas–. Así se fueron creando los vertederos “controlados”, que es más de lo mismo, aunque de manera más “pensada”: por ejemplo, se elegía el lugar con un poco de cuidado, de tal modo que los humos no llegaran hasta las casas, se acondicionaba para evitar que los residuos contaminantes fueran arrastrados por la lluvia, se le prendía fuego con el fin de disminuir su volumen... Estos vertederos siguen coexistiendo, no obstante, con los basureros incontrolados, que los franceses denominan muy gráficamente “descargas” (“décharges”) salvajes.

Parece inevitable la generalización de las plantas de tratamiento integral de estos residuos sólidos urbanos, en las que se pueden separar algunos materiales reciclables –por ejemplo, los metales, los plásticos o el vidrio–, y también se puede utilizar la fracción orgánica para obtener abono (compost) de ellas.

Con todo, al final siempre queda mucha basura. Depositarla sin más equivale a retroceder al problema del vertedero que queríamos eliminar; por eso los técnicos han pensado que, como en ella quedan materiales combustibles, una buena forma de reducir su volumen de forma drástica sería quemarla de manera controlada y a altas temperaturas. En grandes instalaciones, el calor de esa combustión puede ser utilizado directamente o bien empleado para producir electricidad.

Aún así, quedan cenizas y escorias residuales, en muy inferior volumen, obviamente, que el inicial de las basuras. Esas cenizas pueden contener productos tóxicos –que ya se encontraban inicialmente en la basura, y que desde luego se encuentran en cualquier vertedero, controlado o no–, por lo que no se deben soltar sin más. En algunos países se almacenaban en depósitos de seguridad, pero la tendencia actual es utilizarlas, una vez inertizadas –convertidas en productos inertes mediante la adición de una materia neutra como, por ejemplo, el cemento–, para trabajos de pavimentación, obras públicas, construcción y otros.

Se comprende mal, por tanto, la oposición ecologista a estas soluciones. Parece como si los defensores de la naturaleza estuvieran muy contentos con mantener el actual statu quo de miles de vertederos envenenadores por todo el ámbito geográfico español; eso sí que es contaminante e intolerable...

El argumento que a veces esgrimen estos grupos es que, si se resuelve el problema de los residuos, nadie hará nada por reducir su cuantía; y que, por lo tanto, hay que impedir esas soluciones para que –basándose en el principio de “cuanto peor mejor”– la sociedad acabe cambiando sus malos hábitos actuales. Al margen de lo utópico (y sancionador) de ese tipo de planteamientos, surgen inmediatamente algunas preguntas obvias: ¿y mientras tanto? ¿qué ocurre con el coste sanitario, económico y ambiental que habrá que pagar durante ese periodo de tiempo, seguramente largo si no infinito, en que nos vamos todos convirtiendo en seres angelicales y ecológicos, incluyendo en esa transformación al mundo industrial y comercial capitalista en el que vivimos?

Lo obvio es solucionar cuanto antes y de la mejor manera posible los graves problemas que plantean los vertederos actuales; ello no ha de ser óbice, antes al contrario, para iniciar una campaña de educación y concienciación ciudadana. Pero no como única salida sino como complemento inseparable de esa acción correctora.

Este análisis de la situación global de los residuos sólidos urbanos puede servirnos de ejemplo acerca de lo que la civilización del desperdicio ha conseguido: un grado tal de insensatez que ni siquiera es posible ya enfocar con cordura y rapidez la solución al problema. Vamos camino de ahogarnos, literalmente, en nuestra propia basura.

Tenemos, con todo, que esforzarnos por reducir nuestro nivel de basuras. No es fácil, pero tenemos que esforzarnos por comprar prioritariamente aquello que dejará luego menos residuos. Por ejemplo, adquirir sólo bebidas con envase retornable; uno de estos recipientes de vidrio de ida y vuelta viene a durar un promedio de 80 veces antes de romperse o perderse definitivamente. En cambio, un envase no retornable –de plástico, de vidrio o de lo que sea– sólo sirve para una sólo vez...

También hay que intentar reutilizar más las cosas que inicialmente desecharíamos. Imaginando nuevos usos, recomponiendo lo estropeado en lugar de tirarlo a la basura casi nuevo, y así sucesivamente. No es fácil, porque nos han ido imponiendo sutilmente la cultura del “usar y tirar”. Los antiguos pañales de los bebés, que eran lavados y reutilizados, o incluso los pañuelos de bolsillo, han sido ahora reemplazados por productos celulósicos envueltos en plástico, que se usan... y se tiran. Es la cultura de los pampers y los kleenex, en lugar de los pañales y los pañuelos de tela. ¿Qué hemos ganado, aparte de un poco de comodidad? A cambio, el volumen de la basura no deja de aumentar.

Y por supuesto debemos reciclar todo aquello que sea posible reciclar. Mediante contenedores en las calles podremos reciclar numerosos materiales: de momento, vidrio, papel y cartón, tetrabricks, quizá plástico y aluminio... Las experiencias llevadas a cabo en España y, sobre todo, en el extranjero han demostrado, en cambio, que el reciclado doméstico, a

base de separación en diversos cubos de basura en cada casa, no tiene éxito a causa de errores o desidia de los ciudadanos. Además, el coste de esta recogida domiciliar selectiva se hace muy pronto prohibitivo y, lo que aun es peor, no exime a las autoridades de la construcción posterior de una planta de tratamiento de la basura, con separación y reciclado a posteriori, y con proceso final de combustión controlada. Con lo cual el gasto es absurdamente más elevado para un resultado que de ningún modo es mejor.

Es obvio, pues, que en España, como en el resto de Europa, el problema de las basuras urbanas debe ser enfocado desde una doble perspectiva, a iniciar con urgencia lo antes posible: por una parte, concienciación de la población, y de los comerciantes, acerca de la reducción, la reutilización y el reciclado de todo lo que se pueda. Por otra, sustitución inmediata de los vertederos, incontrolados o no, por plantas de tratamiento y combustión controlada, con recuperación de calor y eventual conversión en electricidad.

Por lo que a esta combustión controlada respecta, se han escrito rios de tinta en torno a su supuesta peligrosidad, pero nunca se aportan pruebas de ello, sencillamente porque no existen. El gran fantasma agitado por los que se oponen a esta solución innegablemente eficaz es el constituido por las dioxinas y furanos residuales. Estos cuerpos químicos se producen al quemar a baja temperatura productos que contienen cloro: por ejemplo, el papel o el plástico. Son acusados por los ecologistas de ser unos venenos peligrosísimos, provocadores de cáncer aun en concentraciones tan pequeñas que ningún aparato químico podría quizá detectarlas.

Esa afirmación es falsa. Rotundamente. Todos los informes científicos, y especialmente los análisis exhaustivos realizados después del accidente de Seveso, hace ya veinte años –fueron liberadas a la atmósfera enormes cantidades de dioxinas–, han demostrado que las dioxinas y furanos no han matado a nadie todavía. Ni una sólo muerte humana es achacable a esos supuestos venenos activísimos.

En cuanto al riesgo de cáncer, la tozuda realidad científica es olímpicamente ignorada por los profetas del catastrofismo a ultranza. Que esgrimen ante la población, lógicamente ignorante de estos tecnicismos, el riesgo, demostrado en laboratorios, de que estos productos induzcan la aparición de cáncer en algunos animales de laboratorio, aunque no en otros y, desde luego, no en los humanos por lo que hasta ahora se sabe (y se sabe mucho, sobre todo, una vez más, gracias a los contaminados en Seveso, entre los cuales ninguno ha desarrollado cáncer y sí sólo enfermedades cutáneas.

No les importa a los que han hecho un dogma de su oposición a la combustión; la palabra maldita, cáncer, es soltada y aireada con la mayor impunidad y desfachatez, provocando la lógica alarma social, por infundada que sea desde el punto de vista científico. Se roza aquí, y hora es ya de decirlo, el delito ambiental en otra vertiente diferente a las habituales: la de la alarma social injustificada...

La legislación es severa –podríamos decir que en exceso si la comparamos simplemente con la que rige para otros emisores de humo– con las chimeneas de combustión controlada de residuos. Y se exigen cantidades mínimas no sólo de dioxinas sino de muchos otros compuestos potencialmente tóxicos realmente al límite de lo que los aparatos de medida más sofisticados pueden llegar a calibrar. Lo cual, en el fondo, no es malo. Por si acaso, más que porque exista realmente una evidencia de riesgo grave...

De todos modos, la población debe saber que para los humos de las chimeneas domésticas de calefacción, de los tubos de escape de los coches o de los cigarrillos de los fumadores no existen en absoluto tan rigurosos límites. Y así, se da la paradoja de que un

manifestante contra la incineradora de Valdemingómez pudiera estar quejándose de las infimas cantidades de productos tóxicos que pudiera emitir la chimenea, y lo haga fumando despreocupadamente un pitillo que le está administrando, en vivo y en directo, cantidades miles de veces superiores de esos mismos productos.

Eso si, nadie se lo dice; y si alguien le hace la observación, reclamará indignado su derecho individual a fumar, aunque con ese acto nos envenene a los no fumadores que estamos cerca...

Quemar la basura es reducir su volumen; y permite reciclar las cenizas una vez inertizadas. Eso si, hay que quemarlas bien, a elevadas temperaturas y cumpliendo rigurosamente la legislación, con todos los controles previos y a posteriori que haya que establecer al efecto.

Sin olvidar –la amnesia ecologista al respecto es realmente pintoresca– que en los vertederos actuales la basura también se quema; por si misma (por fermentación con recalentamiento de la materia orgánica y desprendimiento de metano inflamable) o bien porque los responsables la hacen arder para ir reduciendo un poco su volumen. En ambos casos, se trata de la peor combustión posible, por su baja temperatura; las cantidades de toda clase de productos peligrosos –incluidas, por supuesto, las dioxinas– son millones de veces superiores a las que emitirían muchas chimeneas de incineración controlada juntas.

Lo asombroso, y no puedo evitar incluir aquí el adjetivo sospechoso, es que esto no parezca importar a los que tanto protestan por la incineración de los residuos en las mejores condiciones técnicas que permita la tecnología y cumpliendo las más severas normas de control...

En suma; las basuras suponen un problema mayúsculo en todo el país, y no sólo, por cierto, en las grandes ciudades. La solución, absolutamente anacrónica y extraordinariamente dañina para la salud y el medio ambiente, de los vertederos está condenada a desaparecer a corto plazo. Tenemos dos vías de trabajo para reconducir la situación, complementarias y ambas urgentes: por una parte, reducir la cuantía de los residuos, o al menos frenar su imparable incremento, para lo cual habrá que concienciar y educar a la población, y se deberán establecer los mecanismos legales tendentes a obligar a la industria y al comercio a que colabore en el empeño. Por otra parte, y mientras se van consiguiendo esos objetivos –lo cual será lento y costoso–, hay que sustituir urgentemente los vertederos por plantas de tratamiento integral de las basuras, incluida la combustión del sobrante final.

De todos modos, las basuras urbanas sólo suponen una parte del problema. Porque el desperdicio afecta también, y sobre todo, a los procesos productivos que caracterizan a las sociedades desarrolladas cuyo sistema industrial acaba reduciéndose a un consumo desaforado y creciente de energía. Para unos desarrollos tecnológicos básicamente ineficientes, ruidosos, generadores de calor y residuos de todo tipo, desperdiciadores, en suma, de energía bajo todas sus formas.

¿De dónde procede esta energía? En un 88% de los combustibles fósiles no renovables: el carbón, el petróleo y el gas natural. En 1990, el cociente entre la producción de petróleo y las reservas estimadas era de 41, lo que significaba que “quedaban” (si se mantenía el ritmo de consumo y no se encontraban nuevos yacimientos) sólo 41 años de petróleo. La cifra parecía preocupante, pero los más optimistas expertos en economía afirmaban que no había que alarmarse en exceso, porque veinte años antes, en 1970, ese cociente había sido de sólo 31.

¿Teníamos más petróleo en 1990 que en 1970? De ninguna manera: en esos dos decenios habíamos consumido casi medio billón de barriles, un desperdicio que nunca podremos ya recuperar, por ejemplo para devolvérselo a las generaciones futuras. Lo que había variado, al alza, era la estimación de las reservas. Y eso es algo que puede sin duda volver a ocurrir; pero nadie puede dudar de que, sea cual sea esa estimación optimista, la cantidad total de petróleo existente en la Tierra es finita. Y ese fin es alcanzable a corto o medio plazo.

Lo mismo puede decirse del carbón, aunque las reservas son bastante más cuantiosas, para dos o tres siglos. En cuanto al gas natural, el cociente entre las reservas y la producción actual es de unos 60 años, algo superior al petróleo.

Aunque sea obvio, conviene recordar que cuando quemamos carbón, petróleo o gas natural nunca más podremos utilizarlos como combustibles. Su presencia en el subsuelo terrestre se debe a un lentísimo proceso de millones de años; nuestro consumo en unos pocos decenios –casi instantáneo en la escala geológica de los tiempos– está esquilmando esa riqueza y privando a las generaciones futuras de una eventual utilización más racional. ¿Es o no un imperdonable desperdicio?...

Además de su condición de recursos no renovables, los combustibles fósiles se convierten, al quemarlos, en óxidos de carbono e hidrógeno (esencialmente dióxido de carbono y vapor de agua), y en muchos productos (óxidos de otros elementos además de moléculas orgánicas de todo tipo) que constituyen una enorme cantidad de desechos sólidos, líquidos y gaseosos con los que no se sabe qué hacer y que, además, suelen ser muy dañinos para los seres vivos. Más desperdicio, esta vez en forma de desechos librados a su propia suerte, envenenadores del aire, el agua y el suelo.

En todo caso, el ahorro es una buena forma de “producir” más energía. En general, ahorrar es despilfarrar menos. Y aumentar la eficiencia de los procesos productivos equivale asimismo a un mejor aprovechamiento de los recursos. De hecho, las tecnologías de la eficiencia energética ya se van instalando poco a poco en los países más avanzados. Y todos los expertos están de acuerdo en que el mundo desarrollado podría hacer exactamente lo mismo que hace hoy, a un coste similar o incluso inferior, pero consumiendo la mitad de energía de la que consume. Para este aparente milagro bastaría con utilizar determinadas tecnologías perfectamente asequibles y conocidas ya en la actualidad. Los analistas más optimistas opinan incluso que la eficiencia energética podría mejorar aún más con un pequeño esfuerzo tecnológico adicional, hasta reducir el consumo de energía hasta la cuarta parte del actual, e incluso más, con las mismas prestaciones.

Suena demasiado bello como para ser verdad... ¿Está el mundo económico intentando tranquilizarse, y tranquilizarnos, con estas previsiones? Sea como sea, se trata de elementos objetivos; disponemos de la tecnología, como ya ocurre en el caso de las energías renovables (que siguen siendo consideradas no rentables). Sólo falta la voluntad de poner en marcha tales sistemas de ahorro y eficiencia.

Todo ello conformaría una nueva filosofía industrial que, no obstante, nunca será demasiado revolucionaria aunque quizá basten cambios aparentemente sutiles, pero de gran trascendencia a corto plazo. Por ejemplo, internalizar los costes ambientales en las estructuras productivas. No se trata ya de costear la corrección ambiental de los desaguisados a posteriori, sino de incluir esos costes a priori.

¿Da lo mismo? Por supuesto que no. Si una industria ha de pagar, y mucho, por gestionar convenientemente sus residuos, ella misma se preocupará de reducir esa cantidad de

residuos; sencillamente, porque saldrá ganando con ello. La internalización de los costes ambientales tendrá como consecuencia una mayor eficiencia de los procesos productivos. Y esa eficiencia induce beneficios, tanto económicos como ecológicos, y evita los costes que ahora hay que considerar cuando se trata de corregir los actuales desmanes.

Es evidente que no podemos seguir emitiendo, de manera descontrolada, residuos y desechos de todo tipo. Ni siquiera podemos ya limitarnos a poner en bolsas nuestra basura a la puerta de casa, esperando que vengan los Reyes Magos municipales a llevársela. Porque llevársela, se la llevan, desde luego; el problema es dónde...